

El viaje a la verdad

Dimitri Mendeleev había estado estresado. Durante los últimos meses había estado formulando su teoría de la organización periódica de los elementos. Pero había algo incorrecto. Algo simplemente no cerraba. Se había pasado noches y noches en vela, intentando descifrar cuál era el problema. Pero no lo logró hasta el anochecer. Aquella noche, la noche del sueño, se levantó repentinamente de su cama, bañado en sudor frío. El recuerdo de su sueño permanecía latente en su mente, el sueño que lo ayudó a descubrir su error.

No estaba seguro de porqué ni cómo, pero el problema se manifestó en su letargo. Resulta que había un elemento faltante. Algo que llamó Neutronio. Era un elemento único, compuesto exclusivamente de neutrones. No era ni electronegativo ni electropositivo. Era un cero.

Era extraño, porque este átomo técnicamente no *debería* existir. Aún así, Mendeleev estaba decidido a encontrarlo en estado físico.

Y lo logró. Después de miles de intentos lo encontró en estado natural, en un húmedo y derruido laboratorio, en las afueras de Omsk. Lo llevó a su laboratorio en Moscú y lo estudió en detalle.

Mientras hacía eso, una extraña sensación comenzó a invadir.

No podía describirla con exactitud, pero era algo así como una irrefrenable necesidad de tocar el átomo.

Y lo hizo. A pesar de que toda lógica indicaba que no debería, lo hizo.

Y así, tan rápidamente como lo tocó, todo a su alrededor se desvaneció. Comenzó a girar, el mundo a su alrededor hecho un tornado de formas y colores. El torbellino lo succionaba hacia arriba rápidamente y sin pausa. Comenzó a tener vistazos de cosas que habían dejado de existir. Vistazos de cosas que él conocía. Y vistazos de cosas que Mendeleev no conocía.

Y entonces, tan rápido como comenzó ese vórtice de visiones, de término. Mendeleev recuperó la compostura y miró a su alrededor.

Estaba en lo que parecía una ¿calle? No estaba seguro. La superficie era lisa y parecía cemento. Había casas altas a los lados de la ancha calle, algunas con negocios en la base y algunas sin.

Miró enfrente suyo y vio algo que, de alguna forma, no había notado antes. De hecho, la calle entera estaba llena de ellos!

Era una máquina alargada, roja y metálica y con ruedas. Producía un ruido particular, una especie de rugido grave. Se veía que salía humo de un tubo ubicado en su retaguardia. La máquina se había detenido para no golpearlo y estaba haciendo soñar algo, de un sonido comparable a una trompeta. Mendeleev entendió que debía apartarse del camino de ese armatoste rápidamente.

Se acercó a algo que llamaría una vereda y se quedó quieto, inmóvil. Mendeleev vio a un hombre con un periódico y resolvió pedirle el periódico para observar la fecha. 30 de Julio de 1945. Dimitri estaba bastante confundido “¿Como que 1945? Si él estaba en 1883” De pronto un titular le llamó la atención.

Proyecto Manhattan: “Las bombas nucleares están listas”

“Julius Robert Openheimer y su equipo han logrado lo impensable: crear un arma de destrucción masiva, capaz de reducir una ciudad a cenizas. El aterrador poder de este arma, creada consultando a la tabla periódica de Julius Lothar Meyer, ha sido puesto en poder del ejército estadounidense, con la esperanza de que pueda terminar, de una vez por todas, con la horrible gran guerra.”

Meyer. ¿De dónde le sonaba ese nombre? Había tenido una larga conversación con un hombre llamado Meyer en una reunión de químicos, en una convención. Sí, habían hablado largo y tendido sobre la investigación de Dimitri, entre otros temas. Pero entonces, ¿Porqué figuraba aquel hombre Meyer como el inventor de la tabla periódica?

¿Podería ser? No. No, eso era ridículo. Pero aún así, ese intrusivo pensamiento no quería salir de su cabeza. ¿Qué tal si Meyer, de alguna forma, le había robado?

No sabía si era correcto. Pero, ¿Qué otra posibilidad había?

Quizá tenía razón. Pero no podía saberlo con seguridad. Tenía que saberlo con certeza. Tenía que investigar.

Pero antes, tenía que descubrir cómo volver a su tiempo. Eso podría ser un problema, pero seguro que, eventualmente y con un poco de suerte, lo lograría.

Y entonces, casi como si sus deseos fuesen cumplidos, sintió cómo el piso debajo de él se derretía. Y el vórtice volvió, pero esta vez en dirección descendente. El tornado de formas y colores parecía moverlo con aún más ahínco.

Y así, de sopetón, estaba de vuelta en su laboratorio, con el neutronio en frente suyo como si nada hubiese pasado.

~

Dos meses pasaron. Dos largos meses en los que Mendeleev dejó su trabajo en segundo plano, para enfocarse en descubrir la verdad.

Tenía sus sospechas. Era perfectamente posible que Meyer le hubiese robado su investigación para agregarla a su propia teoría y así hacerse con la fama de haber sido el que había logrado, finalmente, ordenar los elementos en un sistema lógico y organizado. Pero, ¿Cómo podía saberlo con certeza?

Ahí es donde entraba su plan. Lo había concebido una tarde de otoño, mirando por la ventana de su laboratorio las hojas caer. Pensó en las mariposas que se hacían pasar por hojas, con el objetivo de pasar desapercibidas y la idea se metió en su mente. Al principio la categorizó como ridícula e inefectiva, luego de una cuidadosa consideración, le pareció un plan que podría funcionar.

Así que se puso manos a la obra. Creó un seudónimo (que era a la vez un anagrama de su nombre) y, muy a su pesar, se afeitó su frondosa y característica barba. “Sin ella”, pensó, “parezco otra persona”

Forjó una historia, una personalidad, una identidad nueva, que pudiese utilizar para investigar a Meyer. ¿Quizá inventar que se guardaba a sí mismo rencor por algo? Sí, eso podría funcionar llegado el caso.

Mientras seguía haciendo sus preparativos, una duda asaltó su cabeza. ¿Qué haría si resultaba que Meyer, en efecto, le había robado el trabajo de su vida?

La respuesta se escurrió a su cerebro, indeseada. Matarlo. Dimitri se sorprendió de su propio pensamiento. ¿Sería realmente capaz, llegado el caso, de matar a otra persona? ¿A otro ser humano viviente y pensante como él?

Mendeleyev pensó. Pensó en todo lo que había sacrificado, los amigos que había perdido, las dificultades que había afrontado por su trabajo, por su teoría. La teoría que le habían robado. Y en el fondo, por más que no le gustase sabía la respuesta.

Si. Sí podría.

Y si debía, solo si debía, Mendeleyev probablemente lo haría.